

PRESENTACIÓN

La *Revista de Teoría del Arte* N° 28 nos presenta en este número ocho artículos distribuidos en tres secciones. En la primera “Simulaciones” encontramos los trabajos de Carlos Pérez V., de Mauricio Rojas, de Alvaro Monge y de Luis Carrillo, luego, en la segunda sección “Corporalidades”, los de Valeria Radrigán y Sergio Witto, y finalmente “Configuraciones” a cargo de Alexis Carreño y Gonzalo Maire.

¿Por qué nos gustan tanto las películas de los Coen? Es la pregunta que se hace Carlos Pérez en el título de su artículo. Los personajes de los hermanos Coen en la pluma de Carlos Pérez no son despreciables a pesar de sus fechorías. Al respecto, el espejeo que realiza Pérez frente al lector es parecido, en cierto sentido, al que ofrecen estos hermanos a los espectadores en sus filmes. ¿En qué clave leer a los Coen? Sin duda más de alguna, pero al menos éstas no deben faltar: el mundo judío, lo adquirido y lo aprendido en el hogar y en la escuela hebraica, pero también ese mundo de barrio que retorna nostálgicamente como la inquietante extrañeza... no se trata de este mundo, por tanto, sino de uno paralelo donde los detalles, la diégesis como afirma Pérez, lleva a los protagonistas a lidiar problemáticamente con el misterio que anida en las ideas judaicas de origen y destino.

Álvaro Monge, en su artículo “<<Borges>> de Adolfo Bioy Casares: entre el diario íntimo y el ensayo.” nos hace saber que los “géneros fronteras” vuelven a tomar un espacio muy apreciado por los lectores, unos que desean conocer las intimidades de estos maestros de la literatura que han trabajado la ficción ocultando en ella muchas veces sus deseos íntimos. La lectura de aquel “Borges” a través de este artículo nos inmiscuye en aquellas historias fraguadas por la anécdota privada, estremeciendo los diferentes géneros literarios. ¿Puede o debe entrometerse lo literario en la intimidad o, en cambio, desnudarse cubriéndose de “literaridad”? El artículo roza estos contornos del acto literario, teniendo a Borges en su eje central.

Mauricio Rojas, en su artículo “*La metamorfosis: Blanchot, el tiempo y la escritura, des-hechos de lo imaginario.*”, nos muestra a un Blanchot considerado —al contrario de por ejemplo Sartre— como el hombre inexistente, pero borrado no por

los demás sino por él mismo. El artista debe, para Blanchot, despojarse y dejar vivir el arte, por ello la exaltación del genio viene a ser una degradación de lo artístico. El escritor debe desaparecer, borrarse. Incluso alabar un estilo no haría sino exaltar el nocivo “yo” del escritor. La escritura interpretada como imagen y origen se abre en una llaga por donde se desliza la identidad del escritor hasta desaparecer, cual exiliado. Un escritor que, bajo una particular relación con el pasado y el porvenir, termina en un cauce que finalmente lo deja a la deriva, fuera de sí. Un cauce cuyo horizonte será aquella escritura “por venir”.

Postula Luis Carrillo en su artículo *“Lo banal-profundo: Un mecanismo cosmético de despolitización del espacio público en pos de la desactivación política. (O la historia de cómo el sujeto hiperconexo devino infraconexo, postsocial, postcarnal y descomunal).”* una idea por lo pronto altamente estimulante: lo “banal-profundo” como categoría analítica, una que nos presenta justamente una suerte de mecanismo cosmético que pretende despolitizar el espacio público. O mejor dicho, un mecanismo que, amparado por las nuevas prácticas digitales y tecnológicas, ha conseguido borrar de forma sutil pero altamente demostrable la antigua escisión entre lo público y lo privado, no para hacer de lo privado un asunto público, sino, por el contrario, para privatizar lo público. Lo “banal-profundo” es para Carrillo la desactivación política, en la medida en que se ofrece como un espacio de pura separación. Uno en donde ya no sería posible darle profundidad a la banalidad ni banalizar aquello que posee espesor. En la separación absoluta, por tanto, las propias relaciones entre sujetos se tornarían la ilustración misma de la escisión.

Valeria Radrigán en *“Creaturas pixel: nuevas corporalidades, materias y energías.”* nos presenta la fotografía invadida por una nueva tecnología provocando una encarnación que ha generado un nuevo *ser*, una nueva carne o un nuevo cuerpo ajeno al conocido. Sin duda la fotografía goza actualmente de un auge sin precedente gracias a su despliegue digital. Pero la advertencia de Radrigán va más allá de la mera constatación de un hecho, por lo pronto, evidente. Muy por el contrario, sus preguntas apuntan en una dirección más bien ontológica: ¿cómo definir los “comportamientos” de entidades numéricas cuya existencia, no obstante virtual, parecieran anunciarse con cierto grado de autonomía presencial en la pantalla? ¿Sería posible, por tanto, aproximarse a ellas con las tradicionales categorías que han delimitado nuestras definiciones sobre el cuerpo, la materia y los entes?

“Cuerpo glorioso y economía digital [A propósito de un libro de Jean-Luc Nancy]” de Sergio Witto Mättig es un artículo que nos hace retornar al de Valeria Radrigán, en tanto ambos ofrecen una reflexiva deriva sobre la condición “existencial” bajo el régimen contemporáneo de lo digital/virtual. En este caso, Witto orientará su argumento sobre la base de una imagen, pero no cualquiera, sino la de una de las escenas más famosas del evangelio: el cuerpo que se eleva, Cristo resucitado, a través de la lectura del filósofo Jean-Luc Nancy. Pensador que no sólo analiza los recursos que el cristianismo usó para dar a conocer este hecho bíblico, sino además cómo fue trasladado a la pintura. El episodio al que se refiere Nancy es aquel en el que

Jesús aleja a María Magdalena diciéndole “No me toques” [*Noli me tangere*]. Nada de religioso en este tocar, pues lo que enuncia la frase es el carácter de indisponibilidad. Es desde uno de los textos en el que Nancy trata del sentido de la corporeidad donde Witto nos presenta su singular reflexión sobre una posibilidad categorial inédita ofrecida por la fotografía de hoy, una en donde las categorías tradicionales parecen no tener plena cabida.

El artículo “*Obra, civilización y evolutividad en Ernst Fenollosa: concepciones de lo artístico en Japón.*”, que nos propone Gonzalo Maire, tiene como eje nociones importantes en las investigaciones acerca de las colecciones de arte asiáticas y por otra parte, aborda el nombre de Fenollosa, en quien el autor deja recaer más bien estas ideas, a saber, que las obras son expresiones de estados civilizatorios y luego que su determinación obedece a transformaciones socio-históricas. Agreguemos a esto que Fenollosa es considerado como uno de los más ilustres orientalistas y fundador de la Academia de Arte de Tokio. Su conocimiento de la poesía china lo llevó a reconocer que la escritura es parte del sentido del poema, a la inversa de lo que ocurre en occidente, es decir, constituye un elemento vivo en una figura de los ideogramas. Fenollosa conoció la reacción nacionalista del mundo de las artes del Japón, pero vio también tesis sincréticas y una preocupación por un arte nuevo, además de la amenaza del arte occidental en oriente.

Finalmente, Alexis Carreño en su escrito “*Folk Couture: Una exhibición de moda en el American Folk Art Museum de Nueva York.*” nos da a conocer una exposición sobre vestimenta que va mucho más allá de la simple protección o decoración del cuerpo. Ella hace del cuerpo —y con el cuerpo— un símbolo revelador de la personalidad de quien adopta tal o cual vestimenta; de ese modo constituye un lenguaje visual que compromete el diálogo, pues nuestra vestimenta puede ser “leída”, tanto en su corte como en los colores, transmitiendo incluso conmovedores mensajes. Barthes ya realizó un estudio muy serio al respecto, y museos e instituciones consideran ya al vestido como obra digna de ser expuesta bajo miradas como las que Carreño quien, desde su posición de curador, nos presenta en su artículo.